

Entre la ficción literaria y la filosofía como proyecto de vida: Doña Oliva y Sancho Panza conversan sobre la felicidad.

**II Congreso Internacional *Oliva Sabuco y su Nueva Filosofía*
28 y 29 de noviembre de 2008
Albacete, España**

Dámaris M. Otero-Torres
Rutgers, The State University of New Jersey

Antes de que Sancho Panza tomara posesión de la ínsula Barataria, Don Quijote le advierte la importancia de ejercer con prudencia su mandato como gobernador ya que “los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.”(DQ II, Cap. 42, 868) Ajenos a que el gobierno de la ínsula era una más de las burlas de los duques, el Caballero de la Triste figura y su escudero entablan una amena conversación en la cual se anticipa cómo la agudeza vital del nuevo gobernador se situará a la par de la profundidad filosófica de su amo:

Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey, que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es verdad —respondió Sancho—, pero fue cuando muchacho; después, algo hambrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme a mí que no hace al caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. (DQ II, Cap. 42, 868)

Sancho, siempre perspicaz, baraja presente y pasado en una hábil maniobra coloquial en donde la aceptación de los consejos de su amo vienen inmediatamente acompañados de una clarificación: en su juventud guardó gansos, no puercos. Antes de entrar en detalles que pudieran descalificarlo para la ejecución de sus nuevas funciones, Sancho procura

afirmar que sus orígenes humildes no serán un impedimento para el buen ejercicio de sus funciones porque “no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.”

Sancho, —cristiano viejo, poco ambicioso, perezoso en exceso, orgulloso de no saber leer ni escribir, escudero fiel y contestón que prefiere comerse un generoso guiso de olla podrida a un frugal manjar,— le ofrece a Miguel de Cervantes la oportunidad de construir un personaje cuya marginalidad social potencia un diálogo y una revisión de los imaginarios sociales e institucionales de su época. Cervantes utiliza el breve período en que Sancho ocupa el cargo de gobernador para denunciar el desgaste que los tiempos modernos han causado sobre los valores de la filosofía antigua. Las acertadas decisiones de Sancho dejan boquiabiertos tanto a los lectores como a los mismos personajes. Sin embargo, es su inminente renuncia donde Cervantes inyecta en su narrativa una edificante reflexión sobre la escasa compatibilidad entre el éxito y la salud. Al acercarse al concepto de la felicidad y la virtud con una perspectiva en donde se defiende la plenitud de una vida integrada, motivada por el razonamiento práctico y el cultivo del carácter, Cervantes utiliza su prosa para proponer una filosofía, que siguiendo a los antiguos, afirma que el verdadero éxito se construye a través del reconocimiento del poder de las opciones y el consecuente impacto de éstas en la fisonomía de los efectos y las virtudes para crear una vida plena en donde reine la armonía. Tras siete noches de intensas fatigas, miedos, enojos y frustraciones, Sancho pone fin a su gobierno con esta enérgica declaración:

Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro

de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuestras mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor que, desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense: déjenme ir, que me voy a bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—¡Tarde piache!— Así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en éste, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, a pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda. Cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuera larga la sábana, y déjenme pasar, que se me hace tarde.

A través de la abrupta renuncia de Sancho, la prosa cervantina se refugia soslayadamente en los preceptos de lo que para la filosofía antigua constituía el objetivo final de la virtud: la felicidad, *eudaimonia*. En su libro *The Morality of Happiness*, Julia Annas explica cómo, contrario al carácter jerárquico y completo que estructura las teorías modernas sobre la ética y la virtud, las reflexiones filosóficas en la Antigüedad partían de una noción implícita y generalizada: la finalidad última del ser humano era la felicidad, aun cuando existieran discrepancias sustanciales en lo que se entendía por ésta. En nuestros días las discusiones más exhaustivas y extensas sobre la auto-estima y la calidad de vida, el manejo y el desarrollo de las emociones han visto su emigración hacia el campo de la psicología popular, oscureciendo así el hecho de que la filosofía antigua abrazaba intelectualmente estas interrogantes como parte de sus consideraciones éticas.

Las estrictas restricciones alimentarias y protocolarias que llevan a Sancho a describir su gobierno como la “muerte” que lo aleja de su “libertad” están intrínsecamente ligadas al argot médico, filosófico y político autorizado por las instituciones oficiales para disciplinar el cuerpo y estimular el óptimo funcionamiento de

la república. Por ejemplo, las ventajas de una dieta llevada a cabo con moderación como vía de adecuar el ingenio constituyen uno de los pilares en las teorías de Huarte de San Juan. Igualmente, las funciones del maestra sala estaban debidamente reconocidas para garantizar la protección de reinos y monarcas. La pregunta sería cómo la renuncia de Sancho, además de enriquecer la ficción narrativa, al permitir que el burlado termine escapándose de sus verdugos, resulta instrumental para cuestionar la normativa de la salud dentro del saber médico-filosófico del momento.

En mi opinión, las intervenciones del doctor Pedro Recio de Agüero caricaturizan las prescripciones médicas que no promueven una visión integrada del bienestar físico y emocional del paciente. Ciertamente, en el capítulo XLVII (47) de la segunda parte del Quijote, Cervantes muestra su familiaridad con los debates de la época referentes al impacto de la alimentación para preservar la salud física y evitar las enfermedades, pero el tono irónico utilizado por Sancho para refutar las órdenes del fraudulento médico muestra un sano escepticismo sobre los principios rectores que definen la salud. En 1587 un extraño libro, firmado por una tal Doña Oliva Sabuco de Nantes, hace su controvertida entrada en las letras españolas. Como reza el enigmático y arrogante prólogo dirigido a Felipe II este libro dice venir a poner fin a las lagunas de la ciencia promoviendo también, como le recuerda Don Quijote a Sancho, el arte del conocimiento de sí mismo.

Ficción y ciencia dialogan, se re-escriben y se legitiman mutuamente a través de los tiempos en la obra de Oliva Sabuco de Nantes y Miguel de Cervantes. Sin embargo, el hecho de que el documento filosófico de 1587 estuviera firmado por un nombre de mujer facilitó que la crítica literaria lo excluyera de los cánones literarios del Hispanismo por considerar su temática inapropiada para la reflexión filosófica. En su libro *Pícaros y picaresca*,¹ por ejemplo, Marcel Bataillon hace breves referencias al conflicto autorial asociado a la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* para desacreditar sus

¹ Marcel Bataillon, *Pícaros y picaresca: La pícaro Justina*, Madrid, Taurus, 1969.

innovadores planteamientos. Su interés en fijar la autoría de otro texto, *La pícaro Justina*, confirma cómo la ventriloquia hombre-varón, característica de la picaresca de protagonista femenino, se impone sobre “la humilde sierva que osa hablar,” no sólo para hacerla desaparecer de la historia literaria, sino para desterrar sus planteamientos a la tierra del sinsentido y la burla. Una vez atribuída la autoría de *La pícaro* al licenciado López de Ubeda, Bataillon comenta:

Si nada de esto ha sido tomado en cuenta hasta ahora (sobre todo a causa de la absurda atribución de *La pícaro* a un fraile), hay que reconocer que el autor médico de este libro embroma doblemente al lector cuando le presta su ingenio a un "pícaro" hembra y su saber a una pueblerina autodidacta. Una de sus maneras de enseñarnos la oreja consiste en el elogio que Justina hace, en varias ocasiones, de "Doña Oliva," es decir: del autor de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (Madrid 1587), cuyas doctrinas médicas ponían el fundamento de la salud en la alegría. Nuestro autor, contemporáneo del bachiller Miguel Sabuco y criado en la misma región de España, conocía, seguramente, el secreto de éste (sólo definitivamente revelado a principios del siglo XX) consistente en que Doña Oliva Sabuco no es sino el testaferrero de su progenitor. (43)

Si bien la lectura de Bataillon esclarece el enigma relativo a la autoría de *La pícaro Justina*, sus declaraciones sobre la *Nueva filosofía* revelan cómo la sistemática tendencia a anular la escritura femenina ha tenido repercusiones que trascienden del plano formal al de contenido. Sabuco padre sería el "pícaro hembra" que postula la alegría como la base de la salud humana. En un evidente juego de desplazamientos lingüísticos, la risa se convierte en el elemento semiótico que apresuradamente engarza las connotaciones eróticas y del mal gusto del género picaresco con el tratado filosófico. En el mejor de los casos, a Oliva Sabuco de Nantes, la escritora filósofa, se le reduce a ser "Doña Oliva," mujer admirada por Justina y, consecuentemente, aparece desacreditada ante la comunidad de lectores masculinos para los que la pícaro sirve de modelo de entretenimiento y educación. Aprovechando el hecho de que alegría y promiscuidad aparecen como categorías fácilmente intercambiables en el texto original de López de Ubeda, Bataillon

crea una narrativa crítica que ratifica la arquitectura formal del género picaresco a costa del sacrificio de los principios rectores de la salud y el bienestar de la república, ofrecidos por *La nueva filosofía*. Como resultado, la *Nueva filosofía* es un texto olvidado o totalmente desconocido para los hispanistas.

La apropiación y re-categorización de la obra Oliva Sabuco de Nantes configura de manera ejemplar los patrones empleados por las historias del pensamiento intelectual para silenciar las voces femeninas, pero ése es tema para otro momento. Lo que sí quiero destacar en esta charla es cómo las topografías sociales e institucionales propuestas por Oliva, y ficcionalizadas más tarde por Cervantes, comienzan con la concienciación personal en el ser humano de lo que constituye *su* bienestar personal. Contraria a la noción de la tradición médica establecida que sostiene que el ingenio depende primordialmente de la distribución cuantitativa de los temperamentos, Oliva propone que el equilibrio físico y emocional actúa como agente primordial para la regulación de la competencia humana en asuntos políticos, intelectuales o cívicos. La re-definición del triunfo y el progreso individual, y consecuentemente estatal, aparece construida en una directa proporción a la longevidad, asociada con los buenos hábitos alimentarios y a la templanza de las emociones y el pensamiento. Porque la pérdida de la ecuanimidad es la causa principal de muertes prematuras, la filósofa se complace en recalcar cómo las personas que potencialmente debían estar mejor equiparadas para hacer frente a las adversidades son, en efecto, las más vulnerables para sufrir los estragos de una muerte repentina. Frente a los impulsos humanistas dirigidos a conocer la naturaleza con el único fin de disciplinarla y someterla al control humano, el texto de Oliva propone la longevidad, la salud y la alegría como los emblemas de la verdadera sabiduría. Por ello, las imágenes viriles que articulan el modelo renacentista de seducción forzada y agresiva para expresar la conquista mediante el maridaje entre naturaleza y ciencia son sustituidas por un ambiente arcadiano, encabezado por el pastor Antonio. La admiración de Antonio por un hombre nonagenario de la aldea genera el diálogo con los otros pastores a quien

Antonio, hablando por Oliva, educará en el arte del buen vivir. En el título LX (60) el pastor Antonio define la sapiencia a través de una lógica que reconoce que el individuo tiene una directa participación en el control de las pasiones, y consecuentemente, es responsable de sus enfermedades y salud, siempre y cuando entienda que la vida está ordenada por los cambios, que los cambios son inevitables y que la mejor forma de evaluar el futuro es tener contacto directo con el presente:

Si la sapiencia tuviera forma visible, no hubiera cosa más amada de los hombres. Esta hace felices y dichosos en este mundo, y sin ella no hay felicidad. Esta tiene sus deseos con raya y término, que es el medio en todas las cosas. Con lo necesario á la vida está contento el sabio y prudente, no teme la muerte y daños futuros para perturbarse, los pasados no le entristecen, juzga verdaderamente de todo lo de este mundo y de Dios y de las cosas eternas y de la muerte, y así siempre está en alegría y conciencia de su buena conciencia. No hay cosa que le quite esta alegría y deleite, porque goza de lo presente sin miedo de lo futuro ni pesar de lo pasado, porque conoce los fines de cada cosa y dónde puede llegar, y sus mudanzas del bien y el mal. Cuando compara su vida con la de los necios, recibe gran gozo y contento, viéndola diferente de la de los otros. Los dolores y daños no le pueden dar tanto mal, que le quiten tanto bien natural como él se tiene, y así vive felice y dichoso, no estimando los daños de este mundo, porque sabe que no hay mal que tenga algún bien: al día presente juzga por felice, y no pierde este día con miedo de otro peor, porque sabe y entiende que aquel día peor si viniere muchas veces, es mejor para el ombre y se convierte en bien y en principio de bien. (359)

En su prosa, Oliva propone que la verdadera sabiduría exige una correspondencia entre los aspectos meramente intelectuales, o del conocimiento, con lo que en nuestros días podría catalogarse de inteligencia emocional. Siguiendo los postulados filosóficos de Oliva, Cervantes crea un personaje que reconoce que, la toxicidad de un ambiente perjudicial a la salud y a la concordia del espíritu, es sinónimo de destrucción, o en las palabras de Sancho, es la propia muerte. En la simpleza de Sancho, se encierra su sabiduría, y ésta se traduce concretamente, en su habilidad para desbaratar una lógica

institucional que promueve la satisfacción propia basándose en las engañosas promesas de los duques, proyectadas en un futuro que nunca llega, o que bien está comprometido con la ambición o guiado por la ociosidad de quienes no tienen mayores preocupaciones que crear ficciones demasiado costosas al bienestar personal, “ y volvámonos a andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda,” como diría el propio Sancho en el momento de su dimisión.

Si bien es innegable que la renuncia de Sancho se ampara en una dialéctica social en donde es evidente el contraste de los zapatos picados de cordobán con las alpargatas toscas de cuerda, su ecuanimidad al renunciar no debe confundirse con una ciega aceptación de la retórica del rechazo a los bienes materiales como reza el dogma cristiano de las sociedades estamentales. La *Nueva filosofía* presenta una postura similar en el título LXI (61) cuando Oliva rechaza la utilidad de los valores espirituales que han intentado disciplinar el cuerpo y el alma al imponerle prácticas y comportamientos asociados con la renuncia de lo material:

Dijo Platón: "El prudente evita la miseria, no el rico"; y dijo: "No puede ser ninguno felice sin que sea sabio y bueno": y al contrario, los malos son míseros y desdichados. Esta felicidad ha de ser obra del entendimiento, razón y prudencia, en lo cual eres hombre y te diferencias de los otros animales que no lo tienen...También es una alegría, contento y plazer gozar de todos los bienes que nombran de este mundo; de manera que al verdaderamente felice no le han de faltar tampoco los verdaderos bienes temporales de este mundo necesarios; (360)

Al dudar de los beneficios de la pobreza y la escasez, Oliva presenta una mirada alternativa a la ofrecida por idearios moralistas como el de Fernán Pérez de Oliva, cuyos ejercicios y razonamientos sólo le llevan a reestablecer el binomio alma/cuerpo mediante alegatos que basan el concepto de dignidad mediante la supresión de las pasiones y todo

lo que represente beneficios materiales.² Con una expresión controlada, Oliva-Antonio utiliza la prudencia y el comedimiento para impulsar un credo secular, en donde las pasiones humanas y los bienes materiales *sí* ocupan un espacio privilegiado, aunque naturalmente éstos estén condicionados a una equilibrada integración. Es éste el mismo tren de pensamiento que motiva las palabras de Sancho. Tras hablar de la importancia del cultivo moderado de bienes para el aumento de la salud, Oliva observa con sumo rigor:

pero sabe que con muchas riquezas no se puede ser felice, porque traen consigo muchos males, como enojos, cuidados, hurtos, pleitos, y así no has de tener más de lo necesario á la vida, en un estado mediano, sin mucha soberbia ni puntos vanos de honra, ni menos demasías en faustos de vanagloria, en vestidos, criados ni comidas; que todo da gran sosiego y quita la felicidad. Con sólo lo necesario á la vida, poniendo meta y raya cada uno en su estado y proporción, puede ser felice si tienes alegría de buena conciencia, sirviendo y conociendo a Dios, porque sin ésta todo es tristeza y congoja de espíritu. Y así te es necesario dejar los vicios y obrar virtudes, porque claro está si no tienes en la virtud temperancia, luégo la demasía de la gula y la lujuria quitará la felicidad, si no tomas el medio. Tampoco puedes ser felice si no tienes en la virtud justicia, queriendo para el prójimo lo que quieres para tí, porque si no das a cada uno lo que es suyo, luégo has de andar en contiendas y pleitos y pecado. Y si no tienes en la virtud fortaleza para defenderte de tus afectos, iras y apetitos sensuales, y para sufrir los daños, palabras e importunidades de tu prójimo, no puedes ser felice; y para escoger el medio de todas las cosas, claro está que has de menester la prudencia. (360)

La defensa de la salud mediante del cultivo de este buen sentido le da una nueva dimensión al tropo de la salvación del alma y de la armonía personal y colectiva. La descarga en contra de la inutilidad de los pleitos legales pone en tela de juicio la efectividad el sistema de justicia estatal ante los ojos de Oliva: "Qué barbaridad es que gastó uno en un pleito siete años, y consumió su hacienda en Granada: al cabo en la sentencia le condenaron en quinientos maravedís, y de que vino a su casa halló su mujer perdida y a sus hijos pidiendo por Dios" (372). La prodigalidad de recursos legales

² Fernán Pérez de Oliva, *Diálogos de la dignidad del hombre. Razonamientos. Ejercicios*, Ed. María Luisa Cerrón Puga, Madrid, Cátedra, 1995.

resulta más nociva que su privación. La *Nueva filosofía* ofrece puntuales reflexiones sobre la forma en que los pleitos, por ejemplo, se han convertido en un foro público para la mentira y el desprestigio ciudadano: "A quien yo quiero mal, déle Dios pleito y orinal. Este es el reino donde señorea la mentira, y si uno quiere destruir a otro con ella puede poniéndole un pleito: que después con pagar las costas, se queda libre, y condenada su ánima."

La plataforma médico-filosófica en que Oliva Sabuco de Nantes ofrece nuevos parámetros para la construcción del estado mediante la creación de sanas topografías sociales e institucionales ha permanecido anegada por esa "conjetura posterior," llamada Miguel Sabuco. La validez de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* apenas comienza a ser re-evaluada fuera de las hipótesis de autor nacidas a partir del encuentro de documentos legales que, en esencia, lo único que revelan es el autoritarismo paterno y la ambición económica del padre de Oliva Sabuco. Tal vez, sería más provechoso que dejáramos que fuera el propio Cervantes, figura más importante del Hispanismo, quien nos llevara de la mano a través de su prosa a descubrir cómo ciencia y literatura, se dan la mano a mano, para construir sanos y edificantes imaginarios sociales e institucionales en su época y en la nuestra.

© 2008 *Dámaris M. Otero-Torres*